



A ojo de duende

Lectura de una resistencia o el malestar del rey chiquito

Como lector consumado creo que ésta disciplina, la lectura, es la única que nos distingue como humanos. Leímos antes de escribir durante por lo menos treinta mil años, y a mí entender la fundación de la historia, es decir, la invención del lenguaje escrito, de hechura cultural coronó nuestro destino y nos permitió acceder a los cielos de los dioses o en el mejor de los casos siendo pesimistas el expresar con coherencia científica la física que rige a la materia.

El lúcido estadista alemán Von Bismarck mentó el aforismo de que la libertad es un lujo que muy pocos pueden permitirse y fiel discípulo el ruso León Bronsky, planificó su utopía a partir de la sumisión. Al buen entendedor y en buen latín Aurea Mediocritas, así el señor profesor frente a sus párvulos representa más que ilustra, es el símbolo del poder, es la ley de un sistema social cuyo ordenamiento depende del autocontrol del individuo. Es así que no es de extrañar de que la primera reacción de los maestros en contra de la reforma haya sido el rechazar la intromisión de los padres de familia como fiscalizadores del proceso pedagógico acusando a la libertad; léase en lenguaje ideológico: libertinaje, como enemigo del proceso, no se podía permitir el conjuncionar las prácticas didácticas con la colectividad pues ello implicaba el fin de la práctica del terror en las aulas o lo que es lo mismo quitar la autoridad al profesor quien desde la paleta hasta el dictado representaba al estado bajo conminatoria de una reprobación. No se podía permitir la inclusión de la cultura en el proceso al contrario estos mártires de la ciencia tenían el propósito de desasnar a los niños a cargo. Pero les aparece la idea de que tales niños no son objetos de ciencia sino sujetos, es decir seres humanos, quienes a sus pocos años ya son lectores de la realidad, sujetos críticos cuya disposición circunstancial es aprehender la realidad para de ella servirse en su ciclo vital. En verdad el hecho representa demasiado para aquellos que se ven obligados a abdicar de ser símbolos de poder y convertirse en servidores públicos, en interacción con los agentes del futuro.

La práctica del maestro en ese sentido responde a un firme autoritarismo que sin ir muy lejos por problemas de extensión tiene una representación muy evidente en la escolástica y la invención de la instrucción pública, retener a los niños de la calle y convertirlos en gente de bien y también ilustrar a tales mequetrefes en artes y ciencias. Los maestros bolivianos así con todo el beneficio de un poder autoritario tenían como premisa sacarle el indio al alumno y si la familia india, campesina, obrera enviaba a uno de sus vástagos a la escuela era con compromiso de que tal envío podía acabar convirtiéndose en antítesis de tal familia.

Aunque lo anteriormente expuesto tenga ribetes de escándalo a entender inteligente, nada es comparado con el rechazo de la biblioteca a mi gusto mínima que ofrece el estado del sistema escolar, nada más extraño y estúpido el que los maestros enarboles nuevamente al libertinaje para rechazar en esta fase de la reforma a la ilustración.

Imagínese lector, al maestro disfrazado de burro y chicaneando en un concurso en aulas donde los discolos adornan el basurero con orejas de jumento a solaz de los apacibles.

A nadie le gusta perder la cuota de poder que a conquistado aunque sea sobre inermes niños. Y mucho más si estas observen en contenido al sabelotodo, al omnisciente de la aula, quien responde a la retórica en diminutivo que a mi parecer no es más que guagualonería pero que se llama en pedagogía; literatura infantil. Imagínese lector el que un alumno de cuarto medio haya sido reprobado por elegir La Rayuela de Cortázar como lectura. Imagínese el lector a maestros quemando libros como la soldadesca de Pinochet e imagínese el lector un mercado negro de resúmenes de libros a nivel medio y universitario para presentar redacciones y controles de lectura. Y dije controles de lectura es decir que la pedagogía escolar y universitaria se resuelve gracias a una inventiva policiaca para patentarse en el mercado informal. En tal perversidad los maestros queman libros simbólicamente. Una encuesta me revela de que ningún estudiante de nivel medio sabe quien es el Tambor Vargas, poco sabrán de "los últimos días coloniales" y aproximan a Justina entre Chirveches los más cultos, y algunos muchachos snobs atribuyen el personaje a Díaz Villamil todos muy lejos de Sade para gracia de la literatura nacional, de la curia y el magisterio. Quemar libros, es someter al símbolo de la destrucción y la barbarie a la ilustración, muy ajeno mi pensamiento a los impulsos patrioterros y al oscurantismo autoritario que promueve ridículas lecturas. Señores alumnos los arenales que rodean Oruro eran hormigas enviadas por el susodicho Huari, malvado y procaz, para desbistar nuestro pueblo y que la Virgencita las convirtió en arena. Y que tal de que en la remota geología aparezca un Gil que diga en función a no se qué trilobites de que tales arenas libran de responsabilidad al señor Huari y a la propia Virgencita de tal epopeya y que esas arenas son el residuo de un esplendoroso mar interior.

El esfuerzo más relevante de la reforma educativa es el tratar de abrir a la escuela hacia la realidad, y es a este esfuerzo donde apuntó la resistencia sindical, pues incluir a la colectividad y a la familia en el rol educativo, suponía incluir a la bolivianidad en el proceso y contagiar la práctica educativa con la cultura. Pues la comuna y la familia son la cultura tangible. No así el discurso patriotero y chauvinista por un lado y por otro el de una ideología que se perdió el pato de la boda al retrasarse al banquete de lo cotidiano. La sustitución de los cursados, de los dictados, de los silabarios y los libros de lectura uniformes por una biblioteca diversa en métodos, puntos de vista, es abrir la escuela al mundo el cual es la macro realidad. No se puede tapar el sol con el dedo y considero que la cultura del enclaustramiento no es un lujo, sino una tara. Pienso que minimamente los maestros debían exigir más libros para sus bibliotecas y tal vez algunos pretensiosos de vanguardia en su intransigencia y sus movilizaciones, podían haber exigido una conexión del Internet al sistema escolar.

Enarbolar el fuego para tres libros donde el que mayor escándalo representó fue una situación embarazosa, los maestros cuyo repudio lo único que demostró es su falta de sentido del humor que también debería ser materia curricular. El humor no consiste en la repetición mecánica de chistes estereotipados, sino en la capacidad del individuo de reírse de sí mismo (saber que como ser humano uno se puede equivocar, que no es infalible). Estas veleidades piromaniacas nos dejan como moraleja el grado de intolerancia y la sobrevivencia de una cultura para la muerte que aún anida en el seno de nuestra sociedad.